

Traducción libre de

“Un juramento sagrado: memorias de un secretario de Defensa en tiempos extraordinarios”

De Mark Thomas Esper

-Capítulo Venezuela-

“Tenemos muchas opciones para Venezuela, y por cierto, no voy a descartar una opción militar”, declaró el presidente Trump en 2017.

Aunque Venezuela estaba en la mente del presidente Trump desde mi confirmación como Secretario de Defensa, en julio de 2019, permaneció en un segundo plano de la agenda, ya que las tensiones con Irán continuaron a lo largo del resto del año. Las operaciones en Irak desde finales de diciembre de 2019 hasta principios de enero de 2020 parecieron saciar el apetito de Trump por la acción militar por un tiempo más. Sin embargo, la idea de actuar contra Caracas resurgió no mucho después, ya que las interacciones entre el país sudamericano (rico en petróleo) e Irán, se profundizaron. Ambos países estaban evadiendo las sanciones de EE.UU. mientras se buscaba la forma de poner fin a esas actividades.

En 1998, la ruptura del sistema político de Venezuela llevó al carismático militar Hugo Chávez al poder. Chávez prometió acabar con la corrupción y la erradicación de la pobreza, dos temas que atraían a los millones de pobres y parte de la clase obrera, a quienes él consideraba la base de su proyecto. Sus políticas socialistas para mejorar la sanidad, la vivienda y la salud, la vivienda y la igualdad económica.

Pero inevitablemente dieron lugar a una pobreza masiva, alta inflación y otros problemas económicos. Chávez dismanteló la democracia del país durante este periodo. A la vez que reprimía a los críticos, reprimía a la prensa y manipulaba las leyes electorales, entre otras cosas.

Al morir Chávez en 2013, Nicolás Maduro, un antiguo conductor de autobús, líder sindical y miembro de la Asamblea Nacional que se había convertido en parte del círculo íntimo de Chávez, le sucedió en la presidencia. Bajo el mandato de Maduro, Venezuela cayó en un deterioro social, económico y político aún mayor.

El año siguiente a su toma de posesión se produjeron protestas masivas, lo que llevó a Maduro a presionar a la disidencia mediante el uso de la fuerza letal contra los manifestantes, encarcelamientos arbitrarios y ejecuciones extrajudiciales, lo que obligó a millones de venezolanos a huir del país.

El 23 de enero de 2019, menos de dos semanas después de que Maduro comenzara su segundo mandato como presidente, Juan Guaidó, el jefe de la Asamblea Nacional, controlada por la oposición, se autoproclamó Presidente interino de acuerdo con la constitución de la nación. Maduro no tardó en denunciar esta medida como un golpe de Estado patrocinado por Estados Unidos. Mientras tanto, más de cincuenta gobiernos de todo el mundo, incluyendo la administración Trump, reconocieron formalmente a Guaidó como jefe legítimo de Venezuela. Rusia, China, Irán, Siria, Cuba y otros países. Sin embargo, siguieron considerando a Maduro como el líder de la nación.

Trump había estado obsesionado con Venezuela desde los primeros días de su administración, con la vista puesta en utilizar la fuerza militar para derrocar a Maduro. El 11 de agosto de 2017, cuando habló de las “muchas opciones para Venezuela”, incluyendo las militares, que citaba al principio.

En su libro “The Room where It Happened”, John Bolton recuerda que Trump le dijo en la Casa Blanca un año después, “que lo haga”. Para Bolton, esto significaba “deshacerse del régimen de Maduro”. Bolton continúa relatando que Trump le dijo: “Esta es la quinta vez que lo pido. Que lo hagas”.

El 30 de abril de 2019, poco más de seis semanas antes de que Trump me nombrara secretario de Defensa en funciones, Guaidó lideró a un grupo de militares y civiles venezolanos en un levantamiento para destituir a Maduro. Fracasó debido al insuficiente

apoyo de los altos mandos militares, con decenas de heridos y varios muertos en los enfrentamientos que siguieron. Maduro culpó a Trump de la sublevación. Bolton y Pompeo salieron a la palestra para elogiar los esfuerzos de Guaidó, condenar a Maduro y criticar a Rusia por su apoyo, con Pompeo diciendo: “Si eso es [la acción militar] lo que se requiere, eso es lo que hará Estados Unidos”.

El fracaso de Guaidó y sus compañeros de conspiración marcó el final de una fase crítica en el intento de la administración Trump por librar al pueblo venezolano de Maduro. Este contratiempo pareció quitar el viento de las velas de aquellos que habían trabajado para restaurar la democracia en Venezuela y acabar con el desastre humanitario. Pompeo y Bolton hablaban de vez en cuando de “lo cerca que estuvimos” de liberar al pueblo venezolano. Para Trump, esto endureció su opinión de que Maduro era “fuerte” y Guaidó era “débil”. No podía ver a Guaidó como Presidente del país, y mucho menos capaz de derrocar ni de superar a Maduro, lo que disminuyó su entusiasmo de apoyarlo.

Dicho esto, deshacerse de Maduro todavía parecía ser un elemento de la lista de deseos de Trump. Nunca le escuché articular por qué era tan importante, aunque sí habló a veces del sufrimiento del pueblo venezolano. Bajaba la cabeza, la sacudía lentamente y decía en tono lastimero: “Qué terrible debe ser para esa pobre gente vivir allí”. Se veía sincero, pero conociendo a Trump como le llegué a conocer, no me pareció que esta fuera realmente su principal motivación.

En su libro, Bolton menciona el interés del Presidente en obtener acceso a las reservas de petróleo de Venezuela. Escuché a Trump hablar de esto un par de veces. A mí mismo una vez me dijo: “Deberíamos conseguir el petróleo” cuando se discutió la acción militar y en otras ocasiones quiso asegurarse de que los Estados Unidos tuvieran “pleno acceso” -sin que lo impidiera ningún acuerdo previo con Rusia o China, a los recursos del país si Maduro era desalojado por nosotros. Era coherente con la opinión que tenía sobre que Estados Unidos obtuvo el control de los campos petrolíferos en el este de Siria cuando estábamos tratando la cuestión del apoyo estadounidense a las Fuerzas Democráticas Sirias en el otoño de 2019.

Trump simplemente parecía ver estas cosas como oportunidades para ganar dinero, lo que no me sorprendió, dado su historial de negocios y visión de la riqueza como métrica del éxito. Sin embargo, tales acciones estaban en desacuerdo con las políticas y prácticas de Estados Unidos de larga data y, en la mayoría de los casos, con el derecho internacional.

Bolton compartió una vez conmigo su opinión de que “todo se trata sobre los votos para él [Trump]; no hay ningún principio detrás de él”. John tenía razón. Recordé mi tiempo como director de Política Nacional en la Campaña presidencial de Fred Thompson en 2007, en el que los cubanoamericanos y otros grupos pro-democracia, en este caso, los venezolanos-estadounidenses podrían realmente cumplir con el tiempo de las elecciones. Trump no sería el primer candidato presidencial que atiende a grupos políticos como estos, especialmente en Florida, donde hay muchos votos. Sin embargo, había muy buenas razones humanitarias y estratégicas para apoyar a Guaidó y la oposición en Venezuela. Maduro era un dictador, y lo que él y Chávez le hicieron al pueblo venezolano fue horrible. Además, permitir que países como Rusia, China e Irán ganen, o fortalezcan, un punto de apoyo en el hemisferio occidental, era motivo de gran preocupación.

Sin embargo, ninguna de estas razones justificaba arriesgar la vida de los miembros del servicio americano, un punto de vista que creo que Pompeo y Bolton compartían. Había otras formas de abordar estas cuestiones. Sin embargo, una y otra vez Trump pedía opciones militares.

El 12 de diciembre de 2019, fui el anfitrión del desayuno para Mike Pompeo y Robert O'Brien en mi oficina en el Pentágono. O'Brien había sustituido a Bolton a mediados de septiembre, por lo que era relativamente nuevo y con ganas de aprender. Estas reuniones fueron una buena oportunidad para discutir una amplia gama de temas en privado, y para asegurarse de que estábamos coordinados. Con el tiempo, por desgracia, se acabaron.

Venezuela no había surgido en meses, pero casi al final de la reunión

O'Brien dijo que su equipo estaba trabajando en varios temas que en algún momento se nos informaría, uno de los cuales era "los próximos pasos en Venezuela". Lo anoté mientras todos nos pusimos de pie para salir.

Volé a Europa el 15 de diciembre para celebrar el septuagésimo quinto aniversario de la Batalla de las Ardenas, compartiendo la experiencia con mi antigua unidad, la 101ª División Aerotransportada "Screaming Eagles" – en Bastogne, Bélgica.

De camino a casa, unos días después, mi personal me informó de que el Consejo de Seguridad Nacional había celebrado una reunión para discutir opciones militares para Venezuela. Aunque el Consejo de Seguridad Nacional no buscaba las medidas cinéticas que más me preocupaban, una idea la interceptación de barcos que transportan petróleo venezolano tenía el potencial de escalar a un conflicto. La segunda opción, un plan para organizar una demostración de fuerza naval en el Caribe,

Presentaba una serie de otras preguntas. Pompeo y yo tuvimos nuestra llamada semanal el martes por la mañana, el día después de mi regreso, así que le planteé esta cuestión. Él no estaba siguiendo estos acontecimientos, lo que no era inusual -las noticias suelen ser más rápidas en el departamento más afectado, pero iba a hacer seguimiento con su personal.

No deberíamos habernos sorprendido demasiado de que sin embargo, el CNS estaba trabajando en algo. En el momento del levantamiento de la oposición venezolana contra Maduro, Trump amenazó con un completo embargo, junto con el más alto nivel de sanciones" si Cuba no ponía fin inmediatamente a su apoyo a Maduro.

Trump también había presionado en opciones militares para detener el flujo de petróleo entre Venezuela y Cuba. El petróleo era la moneda con la que Caracas compensaba a La Habana por su apoyo. Con el tiempo nos enteraríamos de que Mauricio Claver-Carone, el director principal del NSC para el Hemisferio Occidental, impulsaba una dura línea en la Casa Blanca, y encontró en O'Brien un oído comprensivo para las opciones militares. Claver-Carone era un funcionario muy

agudo que conocía temas latinoamericanos, especialmente Cuba y Venezuela. Yo respetaba sus conocimientos y su pasión por su trabajo, pero me preocupaba que pareciera demasiado personal para él, dada la forma en que hablaba de los temas y las referencias que hizo al hecho de haber crecido en la comunidad cubanoamericana de Miami.

Casi dos meses después, el 5 de febrero Trump se reunió con Guaidó en el Despacho Oval. Por invitación de Trump, Guaidó había asistido al Discurso del Estado de la Unión la noche anterior. Durante sus declaraciones en el Capitolio, Trump le ofreció al presidente interino de Venezuela el apoyo de Estados Unidos a él y a su pueblo afirmando: “Señor Presidente... por favor, lleve este mensaje de que todos los estadounidenses están unidos con el pueblo venezolano en su justa lucha por la libertad”. Lo que muchos consideraron un apoyo personal.

Esta idea era errónea. Hablé con Trump durante unos minutos justo antes de su sesión en el Despacho Oval con Guaidó. Él todavía tenía serias dudas sobre el joven líder, diciendo que parecía “débil”, especialmente comparado con lo “duro” y “fuerte” que parecía Maduro. Trump dudaba de la capacidad de Guaidó para superar a Maduro. Luego habló rápidamente de la esposa de Guaidó, Fabiana Rosales, a quien Trump había conocido en la Casa Blanca.

En marzo de 2019. La describió como “muy joven” y mencionó que no llevaba anillo de boda. Esto parecía desconcertar al presidente, la curiosidad visible en su rostro. Pero en general Trump parecía más impresionado por Rosales que por su marido. Yo no conocía a ninguno de los dos, así que no tenía nada que ofrecer. Estaba ahí principalmente para saber si el Consejo de Seguridad, el NSC, había metido alguna idea extravagante en la cabeza de Trump.

Pronto, Guaidó y su séquito, entraron en el Despacho Oval, estrecharon la mano de Trump y el resto de nosotros, y se sentaron en las grandes de las grandes sillas amarillas situadas a pocos metros frente a la chimenea. Sobre la repisa blanca, colgado en la pared, había un gran retrato con marco dorado de George Washington. Un interprete estaba sentado entre ambos hombres a unos treinta

centímetros detrás de ellos, listo para tomar notas con un bolígrafo y un bloc de notas.

Tres miembros de la delegación de Guaidó se sentaron en el gran sofá bordado en oro pálido a la derecha del líder venezolano. Yo me senté en el sofá frente a ellos, al otro lado de la mesa rectangular marrón oscuro que nos dividía, a la izquierda inmediata de Trump. Sentados junto a mí en el sofá estaban el secretario de Comercio, Wilbur Ross, y Robert O'Brien en el extremo más alejado. Algunos empleados de la Casa Blanca se sentaron en silas situadas en los extremos de ambos sofás. Era un círculo estrecho, pero era una forma íntima de contribuir a la conversación.

Guaidó era joven e inteligente, con una actitud alegre. No vi la debilidad de Trump, pero Maduro ciertamente tenía el aspecto robusto, de obrero, que venía “directamente del casting central”, como solía decir Trump. El presidente Trump se inclinó hacia adelante para hablar, su larga corbata roja colgando entre las piernas. De vez en cuando miraba a Guaidó, pero sobre todo escudriñaba al pequeño grupo que le rodeaba. El líder venezolano se sentó en su silla, con las piernas cruzadas, cómodamente y pendiente de lo que el presidente de EE.UU. tenía que decir. La intérprete murmuraba en el oído izquierdo de Guaidó pero no necesitaba de su ayuda. Trump y Guaidó dijeron todas las cosas correctas de la otra parte y de sus objetivos mutuos.

El venezolano expresó su “agradecimiento a usted, señor Presidente, y a los Estados Unidos” por apoyar “al pueblo de Venezuela y a mí”. Trump asintió y comenzó a preguntarle al joven una serie de preguntas sobre la estabilidad del régimen, el estado de la economía, la situación de su movimiento opositor. Guaidó fue un buen interlocutor que supo responder a las preguntas de Trump, con aportaciones ocasionales de su personal sentado en el sofá. En un momento dado, Trump planteó la posibilidad de utilizar la fuerza militar para derrocar a Maduro, diciendo algo así como: “¿Qué pasaría si el ejército de EE.UU. fuera allí y se deshiciera de Maduro?” Esto me hizo estremecer, aunque mi sensación fue que estaba probando a Guaidó. El presidente interino cambió. Cualquier pretensión de que el CNS fuera un órgano de coordinación que representara los puntos de vista

de los Departamentos y el mejor juicio colectivo de la red se esfumó por completo ese día.

Nada de esto nunca se acordó. Peor aún, los argumentos del NSC estaban resonando en el presidente antes de que tuviera la oportunidad de escuchar a todos los demás. Se podía ver en su manera de asentir con la cabeza. Esto era peligroso.. Barr, Pompeo, Milley, y yo, los miembros del gabinete del presidente y el principal asesor militar estábamos sentados esperando nuestra oportunidad de hablar. Esta no era la forma en que el NSC debería dirigir una reunión del equipo de seguridad nacional; no sirvió al Presidente o al país.

Desde mi asiento, en el centro de la mesa, perdí la paciencia y dije: “Esto es ridículo” cuando O’Brien y Claver-Carone pronunciaron sus funestas advertencias. Trump me dirigió una rápida mirada. Alguien a mi izquierda más cercana al presidente (Bill Barr, pensé. También expresó una objeción. Mientras tanto, Milley puso los ojos en blanco y negaba con la cabeza. Los asentimientos y comentarios del presidente me pusieron al borde de que pudiéramos quedarnos con una idea realmente mala, que podría llevar a un conflicto en América del Sur. El presidente sentía que el Pentágono no estaba haciendo lo suficiente en este asunto.

Llevaba tres años diciéndolo. Otros me dijeron, y yo tenía todos los motivos para creer, que el NSC y otros seguían metiéndole esta idea en su cabeza. Así que, cuando el presidente se volvió hacia mí y me preguntó: “Mark, ¿qué piensas?” Empecé por enumerar todo lo que Defensa estaba haciendo en la región para promover la política de la Administración y respaldar nuestros esfuerzos diplomáticos.

“Sr. Presidente”, dije, “sé que no todos los presentes en la sala están al tanto de lo que el DoD está haciendo en la Región, así que permítame comenzar con un rápido resumen”. Con eso comencé a desglosar mi lista: “La Marina está en operaciones de libertad de navegación en la costa de Venezuela. Los vuelos de entrenamiento de los bombarderos B-52 de la Fuerza Aérea están volando desde Luisiana y con las fuerzas aéreas aliadas en la región como muestra de fuerza”. Marqué algunos otros puntos en mi lista. Mientras tanto, añadí: “El SOUTHCOM y mi equipo político han desarrollado planes

con otros en la interagencia, en consonancia con la estrategia desarrollada por el Departamento de Estado para abordar el ‘día después’ de los eventos una vez que Maduro se haya ido”, como “proporcionar ayuda humanitaria al pueblo de Venezuela”, dije.

Hablé rápidamente, ansioso por establecer una línea de base antes de que alguien -especialmente el presidente- me interrumpiera. Terminé diciendo que el Departamento de Defensa estaba haciendo un buen negocio, pero señalando que “tenemos muchas más cartas no militares que jugar” antes de que nosotros, el equipo de seguridad nacional sentado alrededor de la mesa- empezáramos a considerar acciones más agresivas.

Bill Barr, que me miraba mientras yo hablaba, giró su silla 90 grados hacia el Presidente y se inclinó hacia atrás. De una manera fácil llevó la conversación en una dirección más positiva al afirmar: “Deberíamos centrarnos en detener el flujo de drogas hacia Estados Unidos” desde Sudamérica, y no distraernos con operaciones militares.

La lucha contra las drogas fue un tema que a Barr parecía apasionarle ya que citó algunas estadísticas importantes sobre la cantidad de drogas que entran en el país, de dónde venían, y de la cantidad de estadounidenses que mueren a causa de este nefasto comercio. Todo esto resonó en Trump, que se inclinó hacia Barr asintiendo con la cabeza mientras el fiscal general hablaba. Escuchó atentamente mientras Bill continuaba.

Había una “conexión directa con Maduro y su régimen”, argumentó Barr. Con el Departamento de Justicia se preparaba por separado para acusar a Maduro y a miembros de su círculo íntimo por tráfico de drogas, lavado de dinero y cargos de narcoterrorismo.

Según la Justicia, Maduro había convertido a Venezuela en un punto de transbordo para mover la cocaína fuera de Colombia y hacia el norte, hacia los Estados Unidos. Esta era la forma que tenía el régimen de recaudar dinero en efectivo, presentando así una vía para que Estados Unidos pudiera ejercer presión. En opinión de Barr, Maduro había “convertido en arma”, la cocaína para socavar a Estados Unidos. Las drogas ilícitas estaban “matando a millones de estadounidenses” y dañando comunidades de todo el país. Era difícil

encontrar una familia que no tuviera un amigo o pariente de alguna manera afectados por este flagelo. Detener el flujo de drogas, y específicamente desde Venezuela, es en lo que debemos centrarnos”, argumentó Barr.

Esto realmente tuvo un impacto en el presidente, y, de hecho, en la mayoría de nosotros. Recuerdo a amigos del instituto que desde la escuela secundaria se volvieron adictos a las drogas, y el daño que les causó a ellos y a sus familias. La mayoría de los padres hacen todo lo que pueden para mantener a sus hijos lejos de las drogas y de la gente equivocada que pueden llevarlos por el mal camino. Esta fue probablemente la mayor preocupación que Leah y yo tuvimos al criar a nuestros hijos e hija.

El discurso del fiscal general fue un éxito. Al presidente le gustó mucho. Sin dejar de mirar a Barr, le dio las gracias y luego miró a la sala mientras dijo, “Grandes puntos. Bien. Bien. Me gusta”. O’Brien y el personal de la NSC se sentaron en silencio. Menos mal que ahora estábamos hablando de mejorar la interceptación de drogas en el Caribe y el Pacífico oriental, frente a la costa de California, en lugar de algo mucho más dudoso. Esto tenía mucho más sentido para mí. Era algo tangible que podía realmente hacer una diferencia, y no sólo en términos de poner presión sobre Maduro y sus compinches, y negarles ingresos, sino también en términos de mantener las drogas fuera del país.

Tampoco traía todos los problemas legales, políticos, militares y logísticos que las ideas mal concebidas del CNS traían esto me quitaría de mi atención a China y a la estrategia de Defensa Nacional, pero el compromiso era mínimo y salvar vidas americanas de las drogas ilícitas valía la pena. También le agradecí a Bill su idea, le dije a él y al presidente que la apoyaba, y luego dije que “El Departamento de Defensa trabajará rápidamente en algunos planes para llevar más barcos de la Armada, Buques de la Armada y los guardacostas a la Zona, y otras formas de apoyar esta iniciativa”..

Luego volvería a la Casa Blanca e informaría al presidente y a mis compañeros miembros del gabinete, añadí. Deberíamos intentar “anunciar algo a finales de marzo o principios de abril”, sugerí. Todos

los presentes parecían apoyar la idea de Barr, y el hecho de que nos uniéramos en torno a algo. El NSC todavía quería más, y la idea de las intecepciones militares volvería a surgir meses después pero por ahora parecían satisfechos de que todos estuviéramos buscando hacer algo más grande “después de años de inacción como seguramente dirían.

El flujo de drogas ilegales que entraban en el país realmente preocupó al presidente. No era un tema que surgiera tan a menudo como la falta de voluntad de Alemania en gastar más en defensa, o la presencia de las fuerzas estadounidenses en África, pero a menudo argumentaba que “las drogas están matando a más estadounidenses que los terroristas”. Trump se animó mucho cuando habló de este asunto, mostrando una buena dosis de pasión y autenticidad. Era un tema difícil de tratar cuando tantas comunidades y familias de todo el país se vieron afectadas personalmente.

Los debates de la Casa Blanca en febrero y marzo dieron lugar a un plan anunciado a principios de abril para reforzar nuestra presencia en el Golfo de México y el Pacífico oriental. Nuestro objetivo era aumentar los esfuerzos de interdicción a través de un aumento del 65% de buques de la Armada, de la Guardia Costera y de reconocimiento aéreo, con más de mil efectivos militares, personal militar adicional para reforzar la misión de lucha contra el narcotráfico.

El Comando Sur, bajo el mando del Almirante Craig Faller, hizo un excelente trabajo desarrollando e implementando el plan, reclutando a muchos de nuestros socios en la región para que se unieran a nosotros. El presidente visitó la sede del Comando Sur en Miami el 10 de julio de 2020, poco más de trece semanas después de lanzar la iniciativa para ponerse al día, celebrar nuestros progresos y dar las gracias a las tropas. En sus declaraciones públicas, Trump destacó el aumento de los resultados, en particular la incautación de más de 250.000 libras de drogas ilegales y la detención de 1.000 narcotraficantes en tres meses. El presidente dijo: “Estamos decididos a mantener las drogas peligrosas fuera del país y lejos de nuestros hijos”, añadiendo que “se trata de una nueva operación [que] no se había hecho antes”.

Y esta operación ha sido increíblemente exitosa”. Trump estaba realmente satisfecho. Sin embargo, a pesar de estos logros, la frustración del presidente con el narcotráfico se había enconado. Esto podía llevarlo a los extremos. México era su particular foco de atención. El gobierno estadounidense estimaba que la mayor parte de las drogas que entraban en Estados Unidos venían a través de la frontera sur, con todo, desde metanfetaminas y cocaína a la heroína y el fentanilo, enviados a través de nuestros puertos de entrada. En varias ocasiones, el presidente señalaba con el dedo a México por no hacer lo suficiente y les amenazaba con un tipo de acción u otra por no hacer frente al tráfico.

En noviembre de 2019, Trump anunció sus planes de etiquetar a los cárteles de la droga en México como “organizaciones terroristas extranjeras” tras la horrible matanza de nueve adultos y niños con doble nacionalidad estadounidense y mexicana. Al ser preguntado por los comentarios de Trump, el presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador, dijo: “Cooperación sí, intervención no”. El canciller mexicano Marcelo Ebrard, a quien López Obrador le encargó dirigir las conversaciones, expresó que de aplicar la etiqueta de terrorista a los cárteles de la droga puede permitir a Estados Unidos tomar medidas contra ellos, y que pretendía defender la soberanía de México. Las declaraciones de Ebrard fueron premonitorias.

En al menos dos ocasiones, en el verano de 2020 -una vez en el Despacho Oval y una segunda vez en su habitación privada, justo al lado del Despacho Oval, el Presidente se acercó a mí para hablar de un tema delicado. Ligeramente encorvado, con sus manos haciendo gestos frente a él como un mariscal de campo que gesticula, me preguntó si los militares podrían “disparar misiles a México para destruir los laboratorios de droga y acabar con los cárteles”.

De pie, cerca de mí, el presidente se quejó de que el gobierno mexicano “no está haciendo lo suficiente”. Irritado añadió: “No tienen el control de su propio país”.. “Si pudiéramos acabar con ellos [los laboratorios de drogas]”, dijo, esto sería suficiente. “¿Qué te parece?”, preguntó. Estas conversaciones eran bastante preocupantes, por decir lo menos. Por un lado, compartía su preocupación sobre el tráfico de drogas ilícitas en nuestro país y respetaba su pasión por

querer detener este peligroso comercio, pero pedirle al ejército de EE.UU. que dispare misiles a un país soberano y peor aún, a nuestro amigo y vecino, definitivamente no era la manera de hacerlo.

Me esforcé por disimular mi sorpresa ante esta idea, dije, “Sr. Presidente, si podríamos hacer eso, pero por mucho que quiera detener estas drogas también, disparar misiles a México sería ilegal. Sería también un acto de guerra”. Recomendé que “busquemos más formas de ayudar al gobierno mexicano a lidiar con el problema como el aumento de la formación, la inteligencia y el equipamiento que les proporcionamos”. También deberíamos volver a ideas que se presentaron en el pasado. Pero lanzar simplemente ataques aéreos o con misiles en México “no sólo violaría el derecho internacional, sino que también destruiría nuestra relación con México y dañaría nuestra posición global”, dije. Trump asimiló estas objeciones, frunciendo los labios mientras escuchaba.

Luego sugirió: “Podríamos disparar algunos misiles Patrióticos* y eliminar los laboratorios, tranquilamente”, añadiendo de forma absurda que “nadie sabría que fuimos nosotros”. Simplemente negaría que los hubiéramos lanzado. Yo había visto a Trump dar vueltas a su propia realidad antes, así que no tenía ninguna duda de que estaba confiado en su habilidad para persuadir a la gente de que no habíamos lanzado los ataques. Sin embargo, no vivimos en un mundo en el que los Estados Unidos podían atacar otro país y nadie creería que los misiles no eran nuestros. Tampoco podía imaginar que el Presidente se resistiría a tomar el crédito por el ataque.

De todos modos. Era una tontería, simple y llanamente. Si no hubiera visto la cara del presidente, habría pensado que todo era una broma. Quería planearlo y hacerlo para el Día del Trabajo, “más o menos, entonces”, dijo que faltaban pocos meses. Me quedé sin palabras. Trump pensó que esta era la única manera de detener este terrible comercio.

Hice una larga pausa y luego dije, de nuevo: “Esto sería un acto de guerra, Sr. Presidente, y no habría forma de mantenerlo en secreto”. Añadí rápidamente, “No podemos evitar que nuestras discusiones en esta sala lleguen a la prensa”. Él asintió en silencio, sin mirarme a mí,

sino al aire mientras pensaba. Me ofrecí a plantear esta cuestión a Haspel y Pompeo que sabía que estarían de acuerdo conmigo, y añadí: “Hablaré con Mike y Gina, y veré si tienen algunas buenas ideas”. Eso pareció satisfacerle y, como sucedería tan predeciblemente, rebotó de uno a otro tema, y de inmediato me dirigí a la puerta.

Afortunadamente, nada más surgió de estas conversaciones. Aún así, estaba preocupado. Este no era un pensamiento racional. Además, sólo subrayó en mi mente más tarde lo importante que era para mí permanecer en mi puesto. ¿Y si otro Secretario de defensa, mi sustituto, se sumaba a esto? El Señor sabe que había mucha gente en la mezcla, que pensaba que las ideas extravagantes del Presidente tenían sentido. De hecho, llevar los temas al extremo no era un comportamiento exclusivo de la Casa Blanca de Trump. Se había rodeado de personal que amplificaba sus ideas o que proponían sus propias ideas absurdas, y tanto la agresividad como su presencia aumentarían durante la primavera y el verano. Todo esto parecía exacerbar cada vez más la locura de la Casa Blanca a medida que se acercaban las elecciones de noviembre.

El flujo de narcóticos ilegales y la frontera sur no fue el único problema en el que el presidente y otros se centraron. El otro era la inmigración ilegal. El Departamento de Seguridad Nacional (DHS) estaba avanzando en la construcción de la frontera suroeste, pero a pesar de este esfuerzo y otros había un elemento duro en la administración para quien la inmigración ilegal parecía ser el único problema al que se enfrentaba Estados Unidos. En sus mentes, no había restricciones, y varios de ellos tenían acceso directo a Trump.

Yo estaba asistiendo a una reunión en el Despacho Oval durante ese mismo periodo de tiempo cuando Stephen Miller, el hombre clave de Trump en materia de inmigración, se me acercó a hablar sobre la seguridad en la frontera. Apenas conocía a Miller. Era una persona delgada y poco llamativa, con una mirada inexpresiva que sugería una verdadera falta de humor o calidez. Cuando se trataba de cuestiones de inmigración era muy serio y, por ridículas que fueran algunas de sus ideas, a menudo podía respaldarlas con hechos, cifras y argumentos selectivos para complementar su hipérbole.

También era un hábil escritor de discursos y muy apreciado por el presidente, por lo que tenía tanto el oído de Trump como su voz. Como resultado, la mayoría le dio mucha más deferencia de lo que su posición y cualificaciones reales justificaban, y muchos sospecharon que se involucraría en cuestiones personales si alguien se cruzaba con él.

A pesar de su autoridad formal, Miller se imponía en materia de inmigración. También tenía estrechos vínculos con profesionales de línea dura en todo el DHS y de la Casa Blanca que le permitían hacerlo. A pocos metros del escritorio del Resolute, mientras esperábamos al presidente, y sin ninguna pretensión de saludo o charla personal, Miller me dijo por detrás: “Tenemos que llevar un cuarto de millón de soldados a la frontera. Hay otra caravana que viene desde el sur y tenemos que detenerla”. Me giré ligeramente, le miré y me reí. Pensé que estaba bromeando. Él no lo hacía. Su cara no se movió. Hice una pausa y luego, siguiéndole la corriente, dije: No he visto ningún informe sobre otra caravana, y confío en que el DHS pueda manejarla como lo ha hecho en el pasado”.

Cuando empecé a dar la vuelta, me contestó con “Esto es algo grande. La CBP (custom and borders protection) No puede hacerlo solo, Tenemos que desplegar a los militares. Ya estoy hablando con la gente del DHS”. En cualquier otra Casa Blanca, alguien como Stephen Miller, planeando acciones de la administración con un departamento federal, habría sido extravagante y fuera de los límites. En la Casa Blanca de Trump, era un día más en la oficina.

Esto era ahora algo serio. Me aparté del escritorio de escritorio del Resolute y frente a Miller, que por lo que sabía no tenía casi ningún conocimiento militar o cualquier experiencia en uniforme y le dije algunos datos básicos. “Las fuerzas armadas de Estados Unidos”, le dije mientras miraba fijamente sus ojos vacíos, “no tienen doscientos cincuenta mil soldados para enviar a la frontera para estas tonterías” Con eso, me di la vuelta y me alejé. Una cosa era apoyar al DHS en la frontera desplegando algunos miles de personas para proporcionar apoyo logístico y de otro tipo. El Departamento de Defensa había hecho esto en el pasado, tanto en administraciones republicanas como demócratas. Incluso el presidente Biden ampliaría esta misión

una vez que llegó al cargo. Sin embargo, la idea de desplegar un cuarto de millón de tropas, unidades de combate, es decir, para llevar a cabo una defensa activa en la frontera de EE.UU. contra los migrantes civiles, era simplemente indignante, a menos que seas Stephen Miller.

El General Milley me recordaría más tarde la vez que nos reunimos en la Sala de Situación en octubre 2019, con otros miembros del equipo de seguridad nacional, para ver la transmisión de vídeo en directo de la exitosa incursión de operaciones especiales que mató a Abu Bakr al-Baghdadi en Siria. Stephen Miller sugirió más tarde en la noche que las fuerzas estadounidenses traten de localizar la cabeza del líder del ISIS para poder sumergirla en sangre de cerdo, que los musulmanes consideran poco sagrada y hacerla exhibir (o alguna idea bárbara en ese sentido) para disuadir a otros terroristas.

Milley y yo le contestamos rápidamente, diciendo que hacer tal cosa era un “crimen de guerra”, y que “el ejército estadounidense nunca hará eso”. Miller no respondió. Todos los demás sentados alrededor del escritorio rectangular, atestado de teléfonos y ordenadores portátiles, se sentaron en silencio, continuaron viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos en la gran pantalla que teníamos delante.

¿Estaban despreocupados por este macabro comentario? O simplemente se alegraron de que lo elimináramos tan rápidamente?. Volví al Pentágono después de mi breve conversación con Stephen Miller, y en algún momento, en los días siguientes, pasé la historia sobre su deseo de enviar un cuarto de millón de tropas a la frontera a Jen Stewart y al General Milley. La idea era tan escandalosa, que no podían creer que alguien la concibiera. También conté el comentario de Miller de que en realidad estaba trabajando en esta idea con el DHS. Con eso, hice una pausa, me volví a Milley y le dije: “Presidente, sé que esto suena loco, pero por favor, compruebe el Estado Mayor Conjunto y el NORTH-COM para ver si han oído algo sobre esto. Quiero estar seguro de ello”.

El Mando Norte es el mando de combate responsable de América del Norte, desde México hasta Canadá, y está específicamente

encargado de la defensa de las fronteras del país. Proporciona apoyo del DoD a las autoridades civiles de los Estados Unidos en caso de huracanes, inundaciones, incendios forestales y otros desastres naturales. El NORTHCOM también es responsable de proporcionar apoyo militar a las autoridades civiles, ya sea que la nación se enfrente a una pandemia, a disturbios civiles o a problemas en la frontera.

Milley regresó un día o dos después. Entró en mi oficina, agitando un lote de papeles hacia mí mientras decía, “Secretario, no va a creer esto”. Oh, no, pensé. El presidente pasó a describir cómo un equipo de planificación del NORTHCOM había empezado a trabajar en “un concepto para desplegar un par de cientos de tropas en la frontera”. Ellos se habían reunido con el DHS sobre el tema, tenían los fundamentos en los papeles que tenían, y estaban avanzando con sus planes.

Me sorprendió, Hice preguntas para las que nadie tenía buenas respuestas: ¿Quién aprobó esto? ¿Cuándo comenzó? ¿Por qué no se nos informó? ¿Hasta qué punto estaban? Lo mejor que sabíamos en ese momento fue que el personal del NORTHCOM fue informado por personal del DHS -probablemente, de Aduanas y Protección de Fronteras, que la Casa Blanca (probablemente Miller) había y que el DHS entendía que las órdenes formales venían del Presidente, Aunque no me sorprendió que Miller estuviera trabajando esto, me frustró que nadie de alto nivel en el NORTHCOM pensara en hacérselo saber a nosotros, o a alguien del Pentágono para este asunto, saber. ¿Por qué el mando no apreció la dinámica de este proyecto erróneo y pulsar inmediatamente el botón de pausa hasta que recibieran orientación de su liderazgo del Departamento de Defensa? Las ramificaciones políticas serían fuera de serie y el impacto en el ejército sería enorme. Imaginar la reacción del Congreso y del público era insondable.

Le dije a Milley que se pusiera en contacto con el NORTHCOM inmediatamente, que les dijera que “cerraran la planificación, y que les hiciera saber que no habría más compromisos con el DHS en este asunto”. Y añadí: “Si alguien en la Seguridad Nacional tiene un problema con mi orden, entonces son bienvenidos a llamarme

directamente”. Mi teléfono nunca sonó, y el asunto nunca levantó su fea cabeza de nuevo. Gracias a Dios.

Nosotros no habíamos llegado a los días oscuros de junio de 2020, pero cuestiones e ideas como estas tuvieron un gran peso en mis cálculos personales después de oponerme a que el presidente usara la ley de insurrección en los muchos otros meses que vinieron.

Mientras tanto, no habíamos terminado con Venezuela, ni mucho menos. El tema de la interdicción de buques volvió a surgir en mayo de 2020, cuando Estados Unidos se enteró de que los petroleros iraníes cargaban gasolina a Venezuela, por irónico que sea, a cambio de oro.

Venezuela fue históricamente una de las mayores naciones productoras de petróleo del mundo, pero ahora estaba a meses de terminar su exploración petrolera por primera vez en cien años debido a las políticas socialistas de Maduro, su mala gestión y las sanciones internacionales.

Se estima que aproximadamente nueve toneladas de oro valoradas en alrededor de 500 millones de dólares fue el pago por la ayuda de Irán en la reparación de las refinerías de Venezuela y el suministro de aditivos para la gasolina. La pandemia mundial tuvo un impacto devastador en el mercado del petróleo, y cuando se unió a las sanciones impuestas a ambos países, Teherán buscaba nuevas fuentes de ingresos. Mientras tanto, Caracas quería asegurarse de que su suministro de gasolina no se acabara. Las largas colas en las gasolineras y otros efectos de la escasez en su maltrecha economía provocaban protestas diarias y corrían el riesgo de volverse más violentas. Los dos países tenían una relación que se remonta al menos a dos décadas.

En 2007, el presidente venezolano y el presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad declararon un “eje de unidad” contra el “imperialismo” estadounidense. La relación entre estos Estados parias se profundizaría bajo la creciente presión de la administración Trump.

En 2020, con ninguno de los dos regímenes al borde del colapso, la idea de que ambos países parecían colaborar más estrechamente que nunca antes, era preocupante. Había buenas razones para

preocuparse por esta colaboración cada vez más profunda entre ellos, y también con Rusia y China, especialmente cuando se trataba de un país de nuestro hemisferio. Para Trump personalmente, esto fue como agitar banderas rojas frente a un toro enfurecido.

Teníamos que mantener la presión y encontrar nuevas formas de avanzar en nuestros objetivos políticos. Pero también teníamos que ser inteligentes.

A mediados de mayo, sin embargo, con los barcos iraníes surcando las aguas del Atlántico en ruta hacia Venezuela con combustible y suministros, el NSC volvió a impulsar la incautación por parte de la Armada de Estados Unidos como la mejor manera de avanzar. Este potencial uso de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, con poco sentido de las consecuencias, era frustrante.

El NSC programó una reunión de directores por vídeollamada segura para el 9 de junio para volver a hablar de Venezuela. Muchas de las mismas personas de las reuniones anteriores, Pompeo, Barr, O'Brien, Milley y yo, estaban en la sala o en la línea, y la mayoría de las mismas preguntas que planteé antes seguían sin respuesta. Sin embargo, ahora había un nuevo giro a esta cooperación entre Teherán y Caracas.

John Ratcliffe, el nuevo Director de Inteligencia Nacional (DNI), inició el debate con uno de los últimos acontecimientos. Ratcliffe acababa de convertirse en el DNI el 26 de mayo, solo un par de semanas antes. Era un abogado que había trabajado tanto en el sector privado como en el gobierno. Fue elegido para el Congreso en 2014, fue reelegido en 2016 y 2018, y se le consideraba uno de los miembros más conservadores de la Cámara. Él era también un acólito de Trump.

Trump anunció su intención de nominar a Ratcliffe como DNI en julio de 2019 para suceder a Dan Coats, pero fue retirado debido a las objeciones de legisladores de ambos partidos que estaban preocupados de que Ratcliffe pudiera politizar la comunidad de inteligencia. Trump volvió a presionar en febrero de 2020. Esta vez utilizando la ventaja de haber instalado a Ric Grenell -su embajador über-leal en Alemania, como DNI interino, un par de semanas antes para ayudar a confirmar a Ratcliffe.

El presidente a menudo se jactó de instalar a Grenell como DNI en funciones. En una reunión en el Despacho Oval, una vez, cuando algunos de nosotros nos sentamos frente a él, Trump se recostó en su silla, juntó las manos detrás de la cabeza, y con una enorme sonrisa en su cara, dijo que "nombrar a Ric como DNI fue una de los mejores movimientos de personal que he hecho". Cuando rodó su silla de nuevo hacia el escritorio de Rumsfeld, el presidente añadió que los miembros del Congreso "están tan preocupados por lo que él [Grenell] hará, que están aprovechando la oportunidad de sacarlo rápidamente fuera de la oficina del DNI". Es una locura, dijo. "Ellos tenían preocupaciones sobre John Ratcliffe", dijo "Ahora ya no", mientras se recostaba de nuevo en su silla, entreteniendo al pequeño grupo con sus juegos de ingenio.

Lo que realmente me llamó la atención, sin embargo, fue cuando Trump dijo en voz alta para sí mismo: "Debería hacer esto de nuevo en el futuro cuando me enfrente a la presión de un departamento". Nunca olvidé este comentario y la seriedad con la que lo dijo.

Gran parte de la visión general entregada por Ratcliffe y seguido por la CIA, permaneció sin cambios. Las élites del régimen y los oficiales militares de alto rango eran leales a Maduro, mientras que Guaidó estaba más débil y perdiendo popularidad entre el pueblo. En cuanto al combustible que entregaba Teherán, la CIA explicó que muchos países estaban suministrando gasolina a Venezuela. Esta fue la forma en que la Agencia encontró la manera no sólo de presentar todos los hechos y mostrar todos los contornos del problema, sino también de intentar que la gente pensara de forma más amplia. Milley y yo a menudo presionamos para que la Agencia hiciera este resumen por adelantado antes de que la gente empezara a exponer sus propios "hechos" para justificar su solución.

La nueva información era que Venezuela estaba activamente comprando armas a Irán. Teherán no había aprobado nada concreto todavía, pero la lista de artículos aparentemente iba desde armas ligeras y pequeñas embarcaciones hasta misiles de largo alcance que podrían alcanzar a los Estados Unidos. El último elemento fue la bandera roja para la mayoría de nosotros en la llamada. Sin embargo, el hecho de que Irán no había aprobado la venta, y mucho menos

preparado el envío, significaba que teníamos tiempo para solucionar este problema. No obstante, el NSC propuso de nuevo que siguiéramos una operación militar.

Como la vez anterior, sin embargo, las preguntas clave de las autoridades sobre qué hacer con la carga, las reglas de compromiso, y otras, quedaron sin respuesta. Además, siempre existía la posibilidad de que el personal militar iraní pudiera estar a bordo de los barcos, ayudando a la seguridad, lo que una dinámica totalmente diferente a la opción preferida por el NSC. El Estado mencionó la posibilidad de contratar a los países cuyos barcos transportaban las mercancías, o bajo cuyo pabellón navegan los buques. Estas eran grandes ideas, y una de las mismas estrategias que utilizamos en el pasado, así que apoyé esta iniciativa.

Mientras el tema de la venta de armas volvía a dar vueltas, el general Milley intervino para señalar que si Teherán decidiera vender armas a Caracas, no serían los únicos. "Rusia y China", señaló son los principales vendedores de armas a Venezuela. ¿Estamos preparados para interceptar también sus envíos?". Y si no lo estuviéramos, intervino alguien más, "¿qué los venezolanos pidan a los rusos que transporten petróleo y otros bienes para ellos".

Yo añadí que debíamos entender mejor la intención de la compra de estas armas por parte de Caracas, y las capacidades de lo que pretendían adquirir. "No deberíamos reaccionar de forma exagerada ante armas pequeñas y otros equipos que no pueden ser usados en contra de los Estados Unidos, pero los misiles balísticos son absolutamente diferentes. Ahí es donde debemos centrarnos", dije.

Tenemos que desarrollar un enfoque político que sea más discriminatorio, que pueda pasar la prueba del sentido común y se mantenga bajo el escrutinio del Congreso, de nuestros socios regionales y de otros, dije.

En mi opinión, teníamos que mantener nuestra supremacía en el hemisferio occidental y proteger a nuestros socios en toda la región. Esto significaba evitar de cualquier venta de armas que amenazara esta política y crearan un mal precedente. Dicho esto, no significaba que tuviéramos que recurrir inmediatamente a la opción militar.

Supongo que mi pregunta era demasiado estratégica para el momento; el NSC estaba todavía en el nivel táctico. O'Brien fue directo a la yugular, proponiendo un ataque militar a un puerto marítimo en el noreste de Venezuela, donde hay un gran complejo para la carga y descarga de productos petrolíferos "Si los barcos son demasiado difíciles de interceptar, entonces deberíamos considerar la posibilidad de interrumpir el puerto en el que descargan sus mercancías", argumentó.

Esto interrumpiría aún más sus suministros de energía y provocará más disturbios, dijo la NSA. Los métodos podrían ser un ataque aéreo o el uso de los SEAL de la Marina, añadió. Desde mi perspectiva, ahora estábamos claramente en la categoría de "no guerra".

De las líneas rojas que se habían establecido a principios de junio, sólo unos días antes. Me opuse, acompañado por Milley, y traté de elevar el debate de nuevo. "¿Qué estamos tratando de hacer aquí? ¿Detener los envíos? ¿Forzar el colapso del régimen? ¿Empezar una guerra?" El grupo estaba perdiendo el foco una vez más. Mike Pompeo a menudo no decía mucho en este tipo de reuniones, pero ahora intervino. "Sabemos cuál es nuestro objetivo. Es nuestra política desde hace tiempo", dijo, mientras procedió a exponer sus principales elementos.

Tenía razón, todos entendíamos el estado final. Queríamos la salida de Maduro y la entrada de Guaidó como presidente legítimo. Pero de alguna manera empezamos con la incautación de petróleo iraní en alta mar y ahora estábamos discutiendo un asalto militar a Venezuela, que tenía pocas posibilidades de lograr ese objetivo.

Milley preguntó tímidamente a la CIA, "¿Qué crees que pase en Venezuela si atacamos un puerto?" Estaba tratando de obtener una respuesta de la CIA para la cual conocíamos la respuesta, que con toda seguridad, era una fuerte reacción que podría escalar en un conflicto y probablemente unir al pueblo venezolano detrás de Maduro. La respuesta de la Agencia ayudó a alejar el debate de la acción cinética. Nos centramos en opciones menos directas, como las operaciones cibernéticas, o las actividades de XXXXXXXX opciones apoyadas por los Estados Unidos pero dirigidas por la oposición. El

General Milley también pensó que deberíamos buscar opciones de guerra irregular, como el entrenamiento y armamento de expatriados venezolanos. XXXXX XXXXX XXXXX XXXXX XXXXXXXX XXX XXXXX XXXXX XXXXX XXXXX XXXXX.

Estados Unidos tenía un largo historial con este tipo de operaciones. Era una idea que valía la pena desarrollar. Milley y yo habíamos discutido esto varias veces, por lo que lo planteé durante la reunión de la Casa Blanca con Guaidó en Febrero de 2020. Pero de nuevo ese día, como había ocurrido cuatro meses antes, la idea no tuvo mucha tracción.

Después de cada reunión del comité de directores, el NSC distribuía un resumen de conclusiones en los días siguientes a la sesión. Lo que habíamos discutido, lo que habíamos acordado y el camino a seguir se recogían en este documento que también sirvió de base para la siguiente reunión de principales. Sin embargo, los resúmenes que salían del CNS eran a menudo inexactos. A veces reflejaban lo que el CNS quería hacer, frente a lo que en comparación con lo que todos acordamos. El DoD y la CIA empezaron a llamarles la atención sobre esto. Esta vez no fue diferente, sino peligrosamente.

Mi equipo político recibió el resumen a última hora del viernes 19 de junio. Y según el mismo el grupo acordó desarrollar opciones cinéticas y no cinéticas, tanto abiertas y XXXXX, que podrían interrumpir los envíos de petróleo y los envíos de armas de Venezuela. Las opciones tendrían que incluir acciones que tuvieran un impacto material en la industria clave y en otros productos de alto valor. Además, el NSC nos ordenó preparar estas opciones para el 23 de junio -cuatro días más tarde- y estar preparados para informar al Presidente a principios de julio.

De julio. ¿Qué? ¿De dónde demonios ha salido esto? Mis notas dicen que nosotros, y todos los departamentos y agencias presentes, se suponía que debíamos desarrollar ideas para interceptar los envíos, y que estas no serían cinéticas. Además, el plazo era noventa días, alrededor del 9 de septiembre.

No podía creer que el NSC estuviera impulsando tal agenda. Teníamos que mantener este tren en las vías, pero cada vez era más difícil hacerlo y aún faltaban varios meses para las elecciones.

Pasé buscando a Meadows, Sabía cuál era su posición en este asunto, pero quería confirmarlo antes de llamar a O'Brien. La misión del jefe de gabinete era conseguir que el Presidente fuera reelecto, así que entendía que las desventajas políticas de una acción militar en las semanas previas a las elecciones, superaban las ventajas en la mayoría de los casos. Esto era especialmente cierto cuando el Presidente había prometido durante cuatro años que sacaría a Estados Unidos de las "guerras interminables", y no de empezar nuevas guerras. A gran parte de los votantes no le gustaría esto.

Necesitaba aprovechar esto para hacer retroceder el memo del NSC y el impulso. Meadows fue coherente en este tema y respondió como esperaba, estando de acuerdo conmigo. Iba a hablar con O'Brien sobre cómo hacer un buen resumen. Le dije que yo también me pondría en contacto con O'Brien. Hablé con la NSA alrededor de las 6:40 P.M. y puse las cosas en orden. El 14 de agosto, poco más de dos meses después de esta reunión de los principales de Venezuela e Irán, salió la noticia de que Estados Unidos interceptó cuatro petroleros y confiscó 1,1 millones de barriles de combustible que transportaban de Irán a Venezuela. Los Estados Unidos no empleó la fuerza militar. Más bien, la acción diplomática de una orden emitida por el Tribunal de Distrito de EE.UU. para confiscar los envíos y cargamentos. Fue una gran iniciativa de la Justicia y el Estado.

Se logró todo lo que originalmente estábamos, intentábamos hacer -detener los envíos- sin ninguno de los inconvenientes que la acción militar habría dejado.

El gobierno de EE.UU. ejerció su palanca para persuadir a los propietarios de los barcos, a las aseguradoras y a los capitanes para que entregaran su carga. Barr y Pompeo hicieron un gran trabajo.

Yo esperaba que este éxito incitara a otros a explorar primero operaciones no militares en el futuro. Si bien esta acción fue una gran victoria a la hora de mantener la presión sobre los regímenes de Irán y

Venezuela, la campaña de Estados Unidos sufrió un importante revés en las Naciones Unidas.

Ese mismo día, el Consejo de Seguridad de la ONU votó en contra de una resolución para ampliar el embargo de armas contra Irán que expiraba en octubre. El embargo que prohíbe a Teherán la compra y venta de armas convencionales ha estado en vigor durante trece años, pero se permitió que expirara en 2020 como parte del acuerdo nuclear de 2015 con Irán.

Muchos consideraron que este era otro defecto fundamental del acuerdo nuclear, y una de las principales razones por las que Trump se oponía a él. La posición de Estados Unidos era mantener el embargo mientras Irán siguiera apoyando a organizaciones terroristas como Hezbolá. Esto siempre parecía eminentemente razonable y prudente para mí. Ahora bien, la extinción del embargo limitaría nuestras opciones no militares en lo que respecta a Venezuela.

El tema de la preparación de opciones militares para golpear a Venezuela no volvió a surgir ese verano. El éxito de la toma del Estado y la Justicia jugó un papel positivo en la supresión de este impulso que salía de la Casa Blanca. Otros asuntos de los disturbios civiles, consumían la atención del presidente.

Mientras tanto, continué con mis reuniones semanales sobre la implementación del NDS durante todo el mes de junio: teníamos que seguir avanzando. Además, con toda la locura que estaba ocurriendo en Washington, D.C., necesitaba mantener al Pentágono centrado en cosas más productivas y no distraerse. Por ello, celebré una serie de reuniones sobre temas que iban desde la reasignación de fuerzas conjuntas en todo el mundo, una actualización de nuestras tablas de preparación de fuerzas dirigidas COVID, y la Operación Warp Speed hasta otra iteración del plan de guerra de China y un debate sobre la estructura de la Fuerza Espacial.

Este nuevo servicio armado de la Fuerza Espacial fue responsable de la organización, dotación, entrenamiento y el equipamiento de las capacidades militares de EE.UU. centradas en este nuevo dominio de la guerra. Se trataba de una iniciativa audaz que cambiaría fundamentalmente de manera positiva, el enfoque del Departamento

de Defensa para proteger el espacio, y nuestra capacidad para operar en él.

Esto era de vital importancia para nuestra seguridad, economía y el modo de vida, dado que los chinos y los rusos estaban armando el espacio como asimétrico contra nuestro dominio convencional de la fuerza espacial. Me sentí orgulloso de establecer la Fuerza Espacial en diciembre de 2019 y desempeñar un papel activo en su desarrollo. Fue un logro histórico para la Fuerza Aérea, el Departamento de Defensa y el país. De todos estos asuntos eran los que realmente disfrutaba trabajar, y los que harían una diferencia en la seguridad de la nación.

En julio surgió un tema que llamó la atención de los halcones venezolanos, y que incluso crearía muchas más fricciones con el Pentágono. En los primeros días de junio, el gobierno de Cabo Verde arrestó un empresario colombiano llamado Alex Saab, por petición de los Estados Unidos, con cargos por lavado de dinero que él negó. Lo hicieron durante una escala que tuvo en el archipiélago, que está situado en el Océano Atlántico a cientos de millas de la costa de África Occidental.

Bajo la dirección de Maduro, Saab habría estado en misión especial para negociar un acuerdo con Irán para que Venezuela reciba más combustible, alimentos y suministros médicos. Saab era el hombre de confianza de Maduro cuando se trataba de elaborar los acuerdos económicos y otras transacciones que mantenían al Régimen a flote. El gobierno de EE.UU. estaba buscando su extradición. Como tal, este pequeño país insular detuvo a Saab e iniciaron un proceso judicial en su contra.

Saab era una pieza muy importante, y el acceso a él podría ayudar a explicar cómo funcionaban Maduro y su régimen. Era importante conseguir custodiarlo. Esto podría proporcionar una verdadera hoja de ruta para que el gobierno de EE.UU. desentrañe los planes ilícitos del gobierno venezolano y llevarlos a la justicia. Maduro también lo sabía, por lo que Caracas inició presión total para liberar a Alex Saab.

Jorge Arreaza, Ministro de Asuntos Exteriores de Venezuela, dijo en ese momento que la detención en Cabo Verde de Saab era “violatoria

de las normas y el derecho Internacional” y prometió hacer todo lo posible para protegerlo. Comentarios como éste asustaron mucho a los funcionarios del Dep de Estado, Dep de Justicia y el NSC que estaban trabajando en este caso. A mediados de julio, una variedad de rumores circulaban en la interagencia: “Maduro persuadió al presidente Putin para que enviara fuerzas especiales rusas para sacar a Saab. Fuerzas especiales rusas para sacar a Saab de la cárcel; mercenarios rusos en Libia iban a viajar millas en pequeñas embarcaciones para rescatar o matar a Saab la inteligencia venezolana iba a fletar. De Venezuela estaba fletando un avión especial para volar a Cabo Verde. Y las tropas de la Guardia Revolucionaria iraní estaban preparando misiones de rescate similares”

Parecía que alguien estaba viendo demasiadas películas de Misión Imposible el fin de semana. Nunca vi información que respaldara nada de eso. Pero como la noche sigue al día, estos rumores provocaron una solicitud de acción del Departamento de Defensa, que me dijeron que venía del Departamento de Estado.

No podía creer que el Estado estuviera solicitando un Grupo de Preparación Anfibia-Marina que es una unidad pedagógica (ARG-MEU) sea enviada de forma inmediata desde el Mediterráneo a Cabo Verde para proteger a Saab e impedir la intervención de los rusos, iraníes y cualquier otro interesado en interrumpir el proceso judicial.

También me pareció importante extraditar a Saab de vuelta a los Estados Unidos. Sin embargo, si hubiera un ejemplo del viejo dicho “matar una mosca con un mazo”, era éste. Excepto que no había ninguna prueba de que la mosca existiera, y el martillo era tan grande como un mazo de feria.

Lo más preocupante era que nadie podía responder las preguntas más básicas. ¿Cómo protegería la unidad expedicionaria a Saab?

¿Cómo disuadiría la acción? ¿Tenemos permiso para poner marines en tierra para protegerlo? ¿Tenemos permiso para interceptar cualquier avión o barco ruso, iraní o venezolano que pareciera sospechoso? ¿Cómo reaccionaría Cabo Verde ante una presencia militar tan grande? Las preguntas eran interminables.

Mientras me preparaba para la reunión ministerial de defensa de la OTAN de junio de 2020, le pedí a mi jefe, militar de alto nivel, Teniente General Bryan Fenton que siguiera esta acción y me pusiera al día. En mi opinión, no era simplemente otro caso de uso del "botón fácil" del Departamento de Defensa; era un mal uso de las fuerzas armadas, otra de las ya subrayadas. Cogí el teléfono y llamé a O'Brien, Obviamente estaba consciente de la detención de Saab y algunos de los rumores que circulaban por ahí, pero no sobre el ARG-MEU. "Robert", dije, "lo que propone el Estado es ridículo. Sacar a más de treinta y cinco marines y varios barcos en el Mediterráneo para navegar alrededor de una isla en círculos es un gran desperdicio de las escasas capacidades".

"Tienes razón, Mark", respondió, y luego preguntó:, "¿Qué podemos hacer para ayudar aquí?" Antes de que pudiera responder, añadió: "Por cierto, el Departamento de Justicia está preguntando sobre el despliegue de operadores especiales militares de EE.UU. en Cabo Verde para proteger a Saab". Qué fatuo. Me planteé muchas de las mismas preguntas que tuve con mi equipo: "¿Apoyará Cabo Verde el despliegue de las fuerzas estadounidenses? ¿Permitirán que nuestra gente lleve armas? ¿Cuál es su autoridad una vez que lleguen?". Éstas y otras eran preguntas críticas, pero ni siquiera habíamos preguntado a Cabo Verde ninguna de ellas aún, y mucho menos teníamos respuestas de ellas. A su favor, O'Brien lo entendió.

Entonces dije: "¿Por qué estamos hablando de opciones militares? Esto es una acción de aplicación de la ley y acción diplomática. Deberíamos estar participando en esas vías, y al más alto nivel. ¿Por qué no informar a Cabo Verde de lo que estamos escuchando, y pedirles que refuercen su propia seguridad". Si no pueden hacerlo, sugerí, "entonces tal vez podamos proporcionar alguaciles federales, agentes de la DEA, seguridad diplomática, Departamento de Estado, o cualquier otro equipo de seguridad civil o de las fuerzas del orden que sea más conveniente de la ley o equipos de seguridad civil más apropiados para la tarea".

O'Brien escuchó pacientemente Seguí con mi línea de razonamiento, tratando de mantener un mejor enfoque: "Si por alguna razón realmente evaluamos la necesidad de una presencia naval, dije, ¿por

qué no conseguir la Guardia Costera de EE.UU. para apoyar? Ellos tienen un papel de aplicación de la ley, después de todo". Todas estas eran preguntas razonables y directas pensé. Sin embargo, con fundamentalmente diferentes puntos de vista en cuanto a la naturaleza y el alcance del problema, los distintos departamentos habían desarrollado soluciones muy diferentes.

Cuando terminé, O'Brien dijo que el Dep. de Estado y el Dep. de Justicia estaban "muy preocupados, y algunos en Cabo Verde también". Él oyó que el gobierno en la capital de Praia "no quiere esta papa caliente" y que estaba haciendo todo lo posible para mantener un perfil bajo. Esto significaba "limitar la presencia de los Estados Unidos en Cabo Verde, lo que reforzaba mi posición.

Según él, "agradecerían cualquier ayuda que podamos proporcionar para ayudarles a mejorar sus propias capacidades", empezando por "la ayuda de la reparación de un par de sus propios barcos de patrulla costera".

Esto empezó a tener más sentido, pero la Guardia Costera y los guardacostas de EE.UU. dijeron que no podían hacerlo. No hay barcos disponibles en este momento" fue lo que nos dijeron. Así que me comprometí a poner a mi gente de la AFRICOM en la misión. También encomendé al AFRICOM que buscara formas de "ayudar al país a mejorar su conciencia de la concienciación", que era otra de las preocupaciones de Cabo Verde. En agosto de 2020, un barco de la Guardia Costera finalmente realizó una patrulla conjunta con la Guardia Costera de

Cabo Verde para vigilar y hacer cumplir los derechos de pesca. Por un par de días, el asunto se calmó, pero no sería el final. A mediados de octubre, el tema volvió a surgir y se informó de que el gobierno de Cabo Verde podría liberar pronto a Saab o trasladarlo a arresto domiciliario. El Estado estaba presionando para que un barco de la Armada estadounidense patrullara alrededor de Cabo Verde y así disuadir cualquier intervención exterior. La Guardia Costera, una vez más, no pudo proporcionar ningún cúter en el momento oportuno. Se lo planteé a Pompeo durante una llamada el 19 de octubre, pero dijo que no estaba al tanto de este último problema. Mike era siempre

razonable en estas cosas, así que no creí que apoyara esta idea, pero probablemente no se opondría si el Departamento de Defensa estuviera de acuerdo con seguir adelante con esa idea. Dejé claro que me oponía a desplegar un buque de guerra de la Marina. Cuando James Anderson, mi jefe de política, vino a informarme sobre este tema antes de la reunión del comité de diputados del NSC a la que asistía esa semana, le dije: "No apoyo la acción propuesta. Primero tienen que mostrarme alguna prueba de que Rusia, Irán o Venezuela están planeando apoderarse de Saab, y de ser así, ¿Cómo la presencia de un barco de la Marina de EE.UU. en las aguas que rodean Cabo Verde disuadirá o impedirá que eso ocurra?". No había suficientes buques de guerra para todo, y yo necesitaba estos buques de patrulla en el Mediterráneo.

El general Hyten, vicepresidente del Estado Mayor Conjunto y jefe de Estado Mayor, dijo que él y Milley estaban completamente de acuerdo. Anderson transmitió este mensaje al NSC, a lo que respondieron: "¿Está diciendo que el secretario de Defensa está diciendo que va a ignorar una directriz presidencial?" Hice caso omiso de esta burla, y con ello, el tema desapareció de nuevo.

El presidente me despidió unas semanas después y conmigo fuera del camino, los halcones de Venezuela presionaron a mi sucesor para conseguir un buque de guerra, que rápidamente fue aprobado. No mucho después de eso el USS San Jacinto se encontraba desplegado desde Norfolk, Virginia, de camino a Cabo

Verde para vigilar (de algún modo) a Alex Saab, mientras supuestamente disuadía la intervención exterior. Estas tareas aún no estaban definidas, me dijeron.

El New York Times informó en diciembre que el coste operativo diario para mantener el San Jacinto en la estación era de 52.000 dólares. Una semana antes de navidad, la tripulación de 393 marineros recibió órdenes de regresar a casa para las vacaciones. Una decisión inteligente de los militares uniformados, me enteré buscando cuidar a los miembros del servicio y sus familias. Sin embargo, también fue una decisión que puso en claro el contraste de la falta de seriedad de esta misión en primer lugar.

En otras palabras, si Saab era tan importante (y lo era) y la amenaza de sacarlo de Cabo Verde era tan real (no lo era) y el impacto de la presencia del buque de guerra tan eficaz (tampoco lo era), el San Jacinto debería haberse mantenido en la estación.

En 1990, había pasado acción de Gracias y Navidad en los desiertos de Arabia Saudí con mis compañeros durante la operación Escudo del Desierto. El personal militar de todos los servicios armados se han perdido las vacaciones en casa desde la Revolución Americana. Reconocen que si el deber llama, y es tan importante, entonces responderán a la llamada de la nación. Esta misión, sin embargo, claramente no lo merecía.

El Times describió este despliegue como otro ejemplo del “uso caprichoso de las fuerzas armadas por parte de la administración”.

Uso caprichoso de las fuerzas armadas”, y tenían razón.

También informaron de que mi peor temor: “un choque innecesario, un enfrentamiento de la Armada con agentes iraníes o venezolanos en un asunto que sería mejor que resolvieran los diplomáticos y los abogados internacionales para resolverlo”.

Nunca ocurrió. Pero eso no me preocupaba en absoluto, porque de que la amenaza fuera real en primer lugar. Estaba cansado de que el Departamento de Defensa fuera el botón fácil para el problema difícil de alguien. Todo lo que esto hizo fue militarizar nuestra política exterior, alejar a las fuerzas armadas de su misión principal, y dar lugar a soluciones subóptimas.

Finalmente, para cerrar esta historia, es importante señalar que Alex Saab fue extraditado a los Estados Unidos desde Cabo Verde en octubre de 2021, casi dieciocho meses después de que todo este drama comenzó. Parece que ningún comando ruso, iraní o venezolano invadieron el archipiélago central de las Atlánticas para rescatarlo.